

## XXI

Algunos días permaneció Ricardo encerrado en su casa, ocupado en arreglar todos sus negocios con escrupulosidad, como si fuera á morir. A la ira sucedió la resignación interrumpida de vez en cuando por momentos de excitación violenta. La mirada de Consuelo habíase grabado en la mente del joven con imborrables caracteres. ¿Por qué me verá así Consuelo? se preguntaba; y aun llegó á pensar en un cariño, algo más que de amigo, pero desechó el pensamiento atribuyendo la ternura de la niña á caritativa compasión.

El dolor hizo admirar á Ricardo lo que no ignoraba, pero que no se había detenido á considerar: el cariño, la abnegación de su hermana, y al verla, lloraba como un niño.

—Luisa, hermana mía, decíale con ternura, nos vamos á separar, sólo Dios sabe cuánto tiempo, mas es preciso. Si tú no te quedaras aquí, daría mi adiós pa siempre á Zacatecas; pero sólo al pensar en tu ausencia, me duele el corazón.

—No, Ricardo, no nos separaremos; iré contigo á donde quiera que vayas: tus desengaños son míos también, y contigo

partiré gustosa los trabajos y las escaseces.

—Lo he pensado mucho, Luisa, y es una temeridad exponerte á las molestias de un camino largo y á los azares de un porvenir completamente incierto. Voy á Sinaloa en busca de trabajo; espero encontrarlo pronto é inmediatamente que lo halle, vendré por tí. Mis recursos ahora son muy exiguos, apenas podré reunir lo indispensable para el pasaje y gastos por pocos días, y dejarte para los tuyos por un mes; mas si por desgracia no pudiese oportunamente remitirte para lo sucesivo ocurrirás al señor de Avendaño, que generosamente me ha abierto su caja, pero hasta hoy no he recurrido á ella. Le hablé ya de mi viaje y lo aprueba, te he dejado muy recomendada con él; también opinó que, por ahora, no debo llevarte.

—Tú has hecho buena carrera, dijo Luisa, hay en Sinaloa mucho trabajo para los ingenieros con motivo de varias concesiones de vías férreas y no batallarás mucho para encontrar lucrativo empleo.

—Es verdad que hay allá trabajo y los informes que acerca de esto he adquirido son fidedignos; mas hay que tomar en cuenta que de varios Estados de la República han salido ingenieros con el mis-

mo objeto que yo. Puedo llegar demasiado tarde.

—¿Y qué será de tí entonces?

—No te alarmes, Dios proveerá.

Luisa inclinó resignada la frente y preguntó á su hermano con tristeza.

—Y ¿cuándo quieres salir?

—Hoy mismo. ¿Tienes todo preparado?

—Sí, pero te advierto que el dinero que quieres dejarme te hace más falta á tí; llévatelo, ya veré cómo me arreglo yo por acá.

—No me digas nada, Luisa, porque no te haré caso. Ve, ve á prepararlo todo, dijo Ricardo con dulzura, acariciando á su hermana.

Luisa salió del cuarto de su hermano, con lágrimas en los ojos, y fué á disponerlo todo.

Abrió un roperito de madera tallada, donde guardaba mil curiosidades, algunas de las muñecas que le entretuvieron en la niñez, cartas de novios, no reclamadas—pues como toda hija de Eva, los había temido—flores secas, listones, retratos de amigas, tarjetas postales, chucherías de barro y de porcelana. Fijó la vista en aquel conjunto de donde surgían multitud de recuerdos, ora risueños, ora melancólicos, ora tan amargos, que le hacían daño. En medio, sobre una monísima ca-

ja de perfumes, estaba el retrato de Ricardo, su único hermano, su compañero, el sostén de su triste orfandad; miróle con dolorosa expresión, luego abrió la cajita y sacó tres hidalgos y una hermosa imagen de la Guadalupeana.

—¡Madre mía! exclamó fervorosa besando la imagen, cuida de mi hermano. Cerró el ropero, abrió el mundo en que había cuidadosamente acomodado el equipaje de Ricardo, y en una de las bolsas interiores de la tapa, colocó los hidalgos la imagen. Va á hacerle falta este dinero, pensó, y se lo ha de llevar aunque no quiera.

Mientras Luisa arreglaba el equipaje de Ricardo, éste escribía dos cartas, una para Eva, otra para el señor de Avendaño, con quien quiso hablar, pero no le encontró en su casa.

“Siento, le escribía á don Manuel, no haber podido despedirme personalmente de usted, pero en estas líneas le digo adiós. Sé de cierto que Eva se casa con otro, y como soy muy malo, no quiero ser testigo de su felicidad.

Mi hermana, mi cariñosa Luisa, se queda sola en la casa donde juntos acariciamos tantas y tan bellas ilusiones; vele-

usted por ella, amigo mío, mientras yo, si Dios quiere, vuelvo á sus brazos.

—RICARDO.”

“Eva:

Dejo para siempre la ciudad donde nací, testigo de mis sueños de amor y de mis hondas desdichas, y en ella te dejo á tí, que representas á éstas y á aquéllos. Acepto el amargo cáliz que me has dado á beber, pero en tus horas de ventura, acuérdate que hay un desterrado voluntario que á su pesar piensa en tí, que sueña contigo y que desfallece lejos del querido hogar, víctima de la más terrible de las nostalgias, la eterna ausencia de la mujer amada. Adiós.

—RICARDO.”

El joven ingeniero firmó las cartas con mano trémula, y llorando silenciosamente, escribió la dirección, enviándolas luego á su destino.

Algunas horas después, entre la apiñada multitud que en la estación del Central esperaba la llegada del tren, se veía una pareja triste y silenciosa: eran Ricardo y Luisa. De pronto vuelven la vista hacia el Oriente, al oír el prolongado silbido

de la locomotora, y después de él, el acompasado y ladino toque de la campana: serpeaba sobre los rieles el imponente monstruo arrojando espesa columna de humo. Detiéndose y todos se precipitan dentro de los carros, Ricardo abraza á Luisa.

—Ruega á Dios por mí, le dice. Iba á alejarse, pero se contuvo y añadió con acento apagado:

—Cuida también de Eva. Y como si se hubiese arrepentido de lo dicho ó temiese decir más aún, corrió á ocupar su asiento.

Poco después sonaba la campana y el monstruo, dando tremendos resoplidos, se alejaba de Zacatecas culebreando por las lomas, y una mujer, una hermana desolada lo contemplaba con llanto en los ojos y honda tristeza en el alma.

## XXII

El barrio de Jesús está hoy alegre y bullicioso: es el 17 de Enero, día de San Antonio Abad, de quien refiere la historia que era de corazón tan tierno y compasivo que se apiadaba de las enfermedades, aun de las bestias feroces, á las que sanaba echándoles la bendición. Pintanle

algunos á la puerta de su cabaña, rodeado de animalles de distintas especies, elevando la diestra para bendecirlos. Quizá en memoria de este hecho, hay en la parroquia de Jesús de la ciudad de Zacatecas, la antigua costumbre de bendecir á los animales el día de San Antonio Abad. La fiesta es concurrendísima y dura tres días. Desde las primeras horas de la tarde cruzan las calles céntricas y bajan de los barrios animales conducidos por sus dueños, que se dirigen á Jesús para recibir el rocío del hisopo y la bendición del cura.

Aquí va el arriero con ancho sombrero de palma, pechera y chaqueta de gamuza amarilla, ésta bordada de plata, pantalón bombacho abierto hasta la rodilla y el resto vuelto hacia arriba y prendido de las puntas en la cintura, dejando descubierto el ancho calzoncillo blanco; sobre el espaldar de la chaqueta de hombro á hombro, cae en delgados flecos, también de gamuza, una onda que agita el airoso movimiento del cuerpo. Suenan en el empedrado de la calle los acompasados pasos de los pies que calzan "huaraches" de la mejor clase, unidos por las correas á las tapas de fina vaqueta de variados dibujos, formados á cuchillo, que cubren el empeine del pie. Marcha el arriero tras un par de mulas metálicas, lujosamente ataviadas, que al no

sentir la pesada carga de argentíferas piedras, iérguense contentas, y enhestan las orejas, donde lucen lazos de rojos listones.

Allá marcha el aguador tras de su flaco burro, emperejilado como si fuese señor principal; el paciente borrico sacude frecuentemente la cabeza, tal vez admirado de escuchar á cada sacudida, el sonido de los cascabeles que pendientes de la orejera, caen sobre su frente; ciñe su cuello una verde banda con flores, y por la primera vez en su vida cubre sus no muy sanos lomos, una mantilla blanca, acabada de lavar, improvisada con una sábana del particular uso de la consorte de su amo. De vez en cuando el animalito fija la vista en las pezuñas de sus manos cubiertas con papel dorado; nada piensa, nada dice; pero si pensar y hablar pudiera nos diría de seguro: ¡Estoy guapo como nunca!

Acullá van los empedernidos galleros que llevan en brazos al sultán de las aves de corral, de brillante y variado plumaje y de marcial continente, con listones al cuello y dorada la picuda cresta; de vez en cuando miranse los gallos unos á otros con mirada donde el valor centellea y gorgoritean, retándose á singular combate.

La familia del señor del Río distingue-

se entre la abigarrada muchedumbre que sube la empinada calle de Jesús. Bebesito y Mimí, asidos de la mano, marchan adelante, más parleros que de costumbre, ávidos de recibir ellos también la bendición del señor cura, y satisfechos de que á su lado caminan los criados de la casa con el borrego de Bebesito, de cándida blancura, pues ese mismo día fué cuidadosamente bañado y jabonado, llevaba dorados con oro volador, los torcidos cuernos, y en el cuello primoroso collar de donde cuelga una campanita. Las palomas de Mimí y los canarios de Eva y Consuelo, en elegantes jaulas de alambre adornadas con flores y listones. El piso y techo de hojalata pintado de verde y blanco. De vez en cuando detiéndense los hijos de Paquita para admirar á gritos los bípedos y cuadrúpedos que ataviados vénse por todas partes y van resignados á donde se les lleva. Tras de los niños van Eva y Consuelo, hermosas como rosales en plena florecencia; aquélla vestida de rojo, ésta de azul: la aurora y el cielo, según la opinión de un barretero, obstinado admirador de las femeninas heldades, quien al ver á las guapas niñas pasar cerca de él, quedóse con avidez y fingido aspaviento, respirando el perfume que impregnaba la atmósfera mientras uno de sus colegas le decía:

—Valedor, no se hizo la miel para la boca del asno.

Por último, va la graciosa Paquita del brazo de su caro consorte, satisfecha de tener esposo é hijos tan guapos: en aquellos tres seres está su mundo y está su cielo. Oye gustosa la no interrumpida conversación de su esposo y en el simpático rostro de aquella dama gentil dibújase la alegría de la niña y la majestad de la madre.

En otro grupo miranse Julia, Chole y Luisa. Julia ha mandado á la solemne bendición de los animales un perico verde como el maízal, con una mancha amarilla en la cabeza, incesante hablador, al que su dueña ha enseñado á decir: Te amo, mi alma. Pasease dentro de la jaula ostentando sombrero de papel dorado, de alta copa. Chole mandó un zenzontle, alegría del barrio por su continuo dulce canto; y Luisa, á Pipo, su mimado falderillo, manso como paloma, juguetero como niño, cariñoso como novio. Los únicos corajes de Pipo se los ha ocasionado el gato negro y bigotudo que no sale de la cocina de casa. Pipo nada dice, pero ladra iracundo cuando mira al gato hipocritón en la chimenea fingiéndose dormido, y que de repente se despereza, enarca el espinazo.

enrosca la cola, da un resoplido y mira á Pipo con una mirada que insulta.

—Allá va Angelito, dice Julia á sus amigas.

—Cuándo había de faltar, responde Chole.

—Viene también á que le bendigan, repuso Julia.

—No lo necesita, contesta Luisa, es ya un bendito.

En efecto, Angelito, acompañado de César, sube la calle de Jesús y frecuentemente tropieza con los transeúntes, porque los ojos del joven se van tras aquella Eva de sus ensueños, que se le ha presentado en el erial de la vida como celeste aparición.

César está resentido, ve á Consuelo menos que Angelito á Eva, pero siempre la ve. Angelito tiene ya una esperanza que le infunde aliento y alegría. César no tiene ninguna. ¿Vallgo tan poco? se pregunta el joven y arruga el ceño y se maltrata el bigote con la diestra. Luego se acuerda de las novias que ha tenido, guapas, austócratas ricas. No cabe duda César tiene entre el bello sexo gran partido. Triunfaré, exclama, y el amor propio olvida la ofensa de la repulsa y propónese continuar con brío la comenzada empresa. César ha querido que "El Africano," su

corcel mimado, reciba también la parroquial bendición, y allá va el noble bruto, emperejilado como si fuese á un torneo de antaño. ¡Qué hermoso está el tricolor plumero que ostenta sobre la cabeza y los flecos de seda que le caen sobre la frente de azabache!; en la mantilla roja con franja negra, se lee en bien bordadas letras: "El Africano," de la recortada cola penden lazos de listones y las anchas pezuñas relumbran con el polvo de oro que las cubre. La multitud abre camino al brioso corcel que marcha á pasitos, cabriolando arrogante como si tuviese conciencia de la admiración que causa.

En el atrio del templo, henchido de gente, los animales reciben por turno la bendición. Julia divisa al doctor Vélez que forcejeando ábrese paso por entre los curiosos, no para mirar canarios en doradas jaulas, ni cuadrúpedos de gala, sino á aquella guapa chica que le ha sacado de quicio y que es ya, según dicen los colegas de Fausto, responsable de la muerte de un cliente del doctor que equivocó el diagnóstico y por ende la medicina, pensando en la gentil zacatecana que le tenía turulado. Ver Julia al doctor y preguntarle con aquellas ametralladoras que llevaba encajadas en la graciosa faz, si iba á que le bendijeran, todo fué uno. El

doctor no se ofendió. ¡Qué iba á ofenderse de aquel femenino anarquista que sin misericordia bombardeaba su corazón! Por el contrario, condescendiente como todos los novios, aceptó la broma, haciendo con la cabeza una señal afirmativa, y mientras, de la garganta de la amada niña brotaba espontánea la argentina carcajada que le era característica; Fausto, estrechándose las manos, señala con la vista al cura, y luego dirige á Julia una mirada interrogativa, como quien dice: Aquí está el cura ¿nos casamos ya?

Los ojos de Angelito y de César también hablaban, Clarito decían á Eva y Consuelo: Te amo, te amo; pero aquellas hechiceras niñas, ángeles por su hermosura y mujeres por su carácter, contestaban también, claro, muy claro: Nos dejamos querer y nada más.

A interrumpir esas mudas conversaciones, divinas para los novios, odiosas para los rivales, dignas de envidia para los jóvenes y divertidas para los viejos, vino un incidente que alborotó á la plebe é infundió el pánico entre las señoritas. De entre los cuadrúpedos acabados de bendecir salió una vaca, que en opinión de Luisa Ramos, estaba poseída del demonio que gusta mucho de los animales cornudos, y ya fuese porque el animalito era

vivo de genio y bravo é iracundo por paterna herencia, ó que los granujas, que se desternillaban de risa, le hiciesen alguna diablura, la vaca, sin que le importaran un bledo los adornos que llevaba en el cuello y en las astas, embistió á la multitud, que retrocedió espantada, lanzando gritos y repartiendo empellones á diestro y siniestro; y lo que para uno fué susto, para otros fué regocijo, pues los granujas extendiendo los sarapes, frente á la mal humorada res, gritaban: ¡Ea, toro! A las primeras provocaciones la vaca embistió, pero atemorizada con aquella turba de diablillos, siguió corriendo calle abajo por la senda que á toda prisa le abrían los azorados paseantes. Entretanto, la jaula que encerraba la cotorra de Julia, fué víctima, no de la vaca, sino de la criada que portaba aquella, quien al recibir un fuerte empellón, cayó al suelo sobre la jaula; que se hizo pedazos y de ella salió asustada la cotorra, abrió las alas y voló pesadamente hasta el brocal de un pozo donde trémula gritaba: ¡Mi alma, mi alma!

—¡Mi cotorra, mi cotorra! clamó Julia affigida.

No hay para qué decir que el doctor Fausto se encaramó en el pretel del pozo, aprehendió á la fugitiva, que sólo perdió

el sombrero, y triunfante, púsola en manos de su dueña, quien pagó al médico un picotazo que recibió en la diestra con la más amable sonrisa. Como la vaca brava trotaba ya pacífica frente á la plazuela de Jesús, la concurrencia trocó el pánico en jubilosa risa, y momentos después racionales é irracionales regresaban cansados á sus hogares.

---

 XXIII

Habíase verificado en don Manuel de Avendaño un cambio completo; él mismo estaba admirado de que el hombre fuese saneable, aun aquel del que no hay ni la más remota esperanza. En virtud de ese cambio, casi todo fué transformado en la casa del señor de Avendaño. De la servidumbre sólo quedó Felipa, criada apenas mediana, pero que tenía en su abono la antigüedad de sus servicios; todos los demás domésticos, algunos de los cuales habían sido cómplices en las calaveradas de su amo, fueron inexorablemente despedidos, pues si cambió el amo, ellos siguieron tan perversos como siempre. Cocinera hubo que con lo que ella llamaba sus ahorros, formados en su totalidad

con lo que sisaba del mandado y robaba de la despensa, tuviera ya casa propia y mercancías para poner un tendajón. Don Manuel quiso que fuesen testigos de sus buenos ejemplos sin gastar el tiempo en discursos, para los cuales, según él afirmaba, le faltaba unción, y faltando ésta, decía, las moralidades resultan frías y aun pesadas; pero los que fueron prontos para seguir los malos ejemplos, fueron obstinados en contra de los buenos, y no pudo lograr la corrección de uno solo de sus sirvientes. A pesar de haberles aumentado el salario con el sólo fin de que no sisasen, sisaban más, como si el aumento de sueldo avivase la codicia, y jamás desempeñaban sus quehaceres ni siquiera medianamente. Mucha de esta gente, decía, es nacida y criada, entre la orgía plebeya y la supina ignorancia de los deberes, y los malos hábitos son tan consistentes que no hay poder que á destruirlos baste. Hay que compadecerlos: la niñez, he allí el único porvenir de la sociedad y dedicábase con empeño á arrancar del corrompido hogar á niños, peores que huérfanos, y los colocaba en plantelles donde hallasen luz para sus inteligencias y sano amor para sus corazones. La sociedad, que se había encargado de publicar, comentados y aumentados los criminales hechos del per-

verso rico, sin negarle en propicia ocasión la lisonja que vuela hacia el oro como la abeja hacia la flor,, encargábase también hoy de pregonar á los cuatro vientos y con exageradas frases, las virtudes del señor de Avendaño; pero esa sociedad, hoy como ayer, llevaba también su contingente de consejas, que algunas veces eran creídas hasta por personas de mucho juicio. No faltaban tampoco audaces holgazanes, que atraídos por la buena fama de don Manuel, apelaban á todas las mentiras para explotarle; éstos en su malicia creían á la caridad cándida como un niño, ó tonta como un mentecato, pero sus planes fracasaban el mayor número de veces ante la sagacidad del señor de Avendaño. Este tenía también sus predilecciones: amaba á Consuelo como á hija y quería entrañablemente á Ricardo, y llegó á creer que los defectos del joven eran incentivo para que le quisiese.

Allá, como en un horizonte borroso veía el excallaverón los borrascosos años de su juventud, y parecíale que si él hubiese tenido un amigo y protector de verdad, no hubiese vivido tan mal y tan aprieta; quizás, pensaba, había en mi corazón un germen bueno y faltó mano que lo cuidara solícito y le hiciera desarrollar y fructificar; quizá, juzgaba otras veces,

este cariño que á Ricardo profeso, es egoísmo, porque veo en él la imagen de mi desordenada juventud. Uno de los mayores gozos que don Manuel hubiera experimentado entonces, hubiera sido ver á Ricardo regenerado. Cuando recibió la carta de éste, sintió en el alma no haberle visto antes de su partida; pero sin pérdida de tiempo consiguió cartas eficaces para que ocuparan al joven ingeniero.

Acababa precisamente de despachar el correo, cuando recibió un recado del señor del Río, avisándole que Consuelo estaba enferma. El señor de Avendaño se entristeció: aquella huérfana había sido la luz celestial de su vejez; en ella le parecía ver vivo el recuerdo de una madre perdida en edad temprana, y el mensaje divino que le abriría las puertas del cielo. Otro pensamiento aumentaba esa tristeza: alguna vez había visto en la dulce mirada de Consuelo profunda melancolía mezclada de ternura. ¿Estaría enamorada? Sí, decía don Manuel y propúsose saberlo todo, con el ánimo de contribuir en cuanto pudiese á la felicidad de su hija adoptiva.

Consuelo no estaba en cama, pero á primera vista conocíase que su salud estaba muy quebrantada. Don Manuel detúvose en la puerta entreabierta del cuarto de

la huérfana, y antes de llamar para anunciar su llegada, fijó la vista en Consuelo que sentada en un sillón, cerca de la cama, contemplaba un retrato con afectuosa delectación. Un ojo aún menos experto que el del señor de Avendaño hubiera en el acto comprendido que el corazón de la gentil niña se derramaba por sus azules ojos á la vista de aquel retrato. Seguro, pues, don Manuel de que su pensamiento no era preocupación, faltábale sólo averiguar quién era él.

Llamó á la puerta, Consuelo precipitadamente guardó el retrato en un cajoncito del tocador, y conociendo á su protector en el modo de llamar, le dijo con dulzura:

—Pase usted.

—¿Cómo estás, hija mía? Me he alarmado. ¿Te sientes mala?

—No vale la pena, señor, es una ligera indisposición. El doctor Vélez me recetó y encargóme únicamente que guardara el mayor reposo.

—¿Te dijo qué tenías?

—No, señor, los médicos nunca dicen á los enfermos lo que tienen.

Don Manuel quedóse contemplando á su protegida; estaba extremadamente pálida, circundaban sus ojos ojeras violáceas.

El señor de Avendaño se enterneció mucho al verla, sentóse cerca de ella, y hablóle de cuantas cosas alegres pudieron ocurrírsele; pero aunque Consuelo le prestaba atención, don Manuel comprendió que un pensamiento la atraía constantemente.

—Cuando llamé á la puerta, le dije, veías un retrato, ¿de quién era?

Don Manuel fijó en el rostro de su hija adoptiva una escudriñadora mirada. El pálido semblante de la niña se coloreó con ligero carmín, y contestó visiblemente cortada.

—Sí, era de Eva.

—¿De Eva?

—Digo, pertenece á Eva, pero no es ella.

—¡Ah! entonces sería el retrato de Ricardo, de su novio.

—Sí, señor, contestó Consuelo con apagada voz.

Nada tenía ya que averiguar don Manuel: todo lo había comprendido. Cambió de conversación y después de un rato, despidióse de su hija, recomendándole se cuidase mucho y le ofreció ir á verla todos los días.

Cuando salió don Manuel, Consuelo quedóse un momento pensativa.

—Buen susto he llevado, se dijo; pero por

fortuna don Manuel ni siquiera se imaginó lo que pasa en mi corazón. Y la enamorada niña entregóse á sus ensueños con fruición y entusiasmo.

Consuelo sentíase enferma hacia tiempo, pero por no molestar á nadie, había guardado silencio, con la esperanza de que su dolencia fuese pasajera. Quizá exacerbó el mal la honda impresión que hizo en su ánimo la carta de Ricardo para Eva, pues cuando ésta se la leyó, sintió que bañaba su alma una onda fría como la muerte. El joven ingeniero amaba profundamente á Eva, y ella no tenía esperanza de ser, amada; Ricardo se alejaba tal vez para siempre y no tendría ni el consuelo de verle, aunque fuese de lejos. La angustia de la niña fué comprendida hasta por su hermana.

—¿Por qué te aflijas? le dijo. Es un ingrato á quien debo olvidar, si me quisiera no me abandonaría.

—No le quiere como yo, pensó Consuelo, y maquinalmente dijo á su hermana:

—¡Esperemos!

Contestación cuyo alcance no comprendió Eva, ni pudo siquiera imaginar que el corazón de Consuelo por natural movimiento buscó de nuevo el vivificante calor de la esperanza.

## XXIV

Luisa Ramos, por delicadeza, no había vuelto á visitar la casa del señor del Río, pues aunque Ricardo hubiese dado lugar al rompimiento de sus relaciones con Eva, ella hacía causa común con su hermano; pero veía frecuentemente á Eva y á Consuelo en la casa de Gustavo, de la cual era asidua visitante. Notó Luisa el extremado cariño que le manifestaba Consuelo, y por el contrario, cierta frialdad en Eva, quien rara vez le preguntaba por Ricardo. La huérfana, apenas restablecida de su enfermedad, visitaba casi todos los días á Luisa; la que observó el particular regocijo que aquélla tenía en que le hablase del ingeniero ausente: la aturdió á preguntas, y la sencilla huérfana, á pesar de ser muy reservada, sin sentirlo, ni imaginarlo, descubrió su alma enamorada, á la perspicaz vista de Luisa. Esta se alegró sobremanera de tal descubrimiento, y propúsose comunicarlo á su hermano. Consuelo era para ella joven de altísimo mérito.

—Vale más, mucho más que Eva, se decía. ¡Oh, qué felicidad si fuese mi hermana!

Eva era fogosa, impresionable, pero

inconstante; era de esos caracteres que por desgracia ó por dicha, necesitan para perseverar de la presencia y ternuras del objeto amado. Su amor era planta que sin el cultivo se seca. Mientras que el de Consuelo era árbol vigoroso que tenía vida propia. Con la ausencia de Ricardo el cariño de Eva se entibió, y fué gradualmente pasando de la tibieza al débil recuerdo y de éste al olvido. Parecióle entonces hasta un crimen haber sostenido amorosas relaciones con un calavera, y las faltas de éste, que antes había juzgado ligeras y aun disculpables, aparecían á sus ojos gravísimas é indignas de perdón. Fué una insensata, se decía y afirmábase más en su opinión la de sus amigas, que comprendiendo con maravilloso instinto que caía el baluarte del amor de Eva, contra el cual pudieran estrellarse las saetas de la difamación, desataban sus intemperantes lenguas despedazando la honra del indefenso amante, mientras que, como si estuviesen de acuerdo, trabajaban en pro de Angelito. Y ¡oh, misterios del corazón femenino! Cualquiera de aquellas locuaces amigas, que tanto empeño mostraban por la dicha y desventura ajenas, es probable que hubiera correspondido á Ricardo si de amor le hubiese hablado, y es probable también, que hubiera recibido

una amorosa declaración de Angelito con sonora carcajada, ó por lo menos con burlesca sonrisa. Y estos no son juicios temerarios, pues hay sobrados fundamentos para aseverarlo.

Don Manuel había dicho repetidas veces á Luisa que le pidiese cuanto necesitase; pero la delicada joven nunca aprovechó las ofertas del señor de Avendaño: parecíale que la aceptación redundaba en ofensa de su hermano y prefirió buscar trabajo. Ocupábase la mayor parte del día en hacer deshilados: toallas, manteles, pañuelos, etc., y por conducto de una antigua compañera de colegio, realizaba sus labores en los Estados Unidos, á muy buenos precios, pues tales trabajos son muy apreciados en la vecina República. Don Manuel comprendió la delicadeza de Luisa y no insistió en sus ofertas, tanto más cuanto que esperaba que Ricardo ocurriría en breve en auxilio de su hermana.

Cuando los aristocráticos pollos de la sociedad zacatecana supieron que las relaciones de Eva y Ricardo habían terminado, algunos de ellos lanzáronse animosos contra aquella codiciada plaza, y aun hubo quien dejara plantada á su novia para ir en pos de la hermosa niña, que volvió á estar de moda, como en los primeros

días de su juventud, con no poca envidia de las jóvenes de su edad, inclusive la mayor parte de sus amigas. Parecía que los principales jóvenes se habían puesto de acuerdo; pero el más porfiado de todos era César, que ofendido por la indiferencia de Consuelo, se vengaba de ella cortejando descaradamente á su hermana. César fué siempre indiferente á Consuelo, pero á pesar de esto y de que la hermosa rubia amaba á Ricardo, no le hizo ninguna gracia la ocurrencia de su bigotudo pretendiente, y desde entonces fué el único á quien negó su habitual dulce sonrisa.

Eva, satisfecha en su vanidad de mujer hermosa, sentía interior gozo de haber terminado sus relaciones con Ricardo y aun se dolía de haber dilatado tanto el rompimiento. No hallaba á cuál preferir entre sus adoradores, y aun llegó á tentarle persistente el pensamiento de que le arrullara la dulcísima música de los galanteos, sin que el compromiso de un novio, alejase aquellos galanes que alegraban su dorada juventud. Pero en honor de la verdad, la niña, aunque gustaba de los sabrosos requiebros de sus pretendientes, no era coqueta, y sus ilusiones habían sido siempre formar un hogar, y héla aquí deliberando interiormente todos los días, acerca de un asunto de tan trascendental impor-

tancia. ¿Las opiniones de sus amigas eran tan varias!

En cuanto á su hermana, decíale siempre con franqueza que Ricardo era más guapo que todos. Cuando Eva deliberaba ó consultaba á sus amigas, no hacía otra cosa que acallar la voz del corazón que la inclinaba á César, sin que por él sintiese aún amor, pues según la frase de la misma joven: Cuando una ha querido, decía á sus amigas, y tiene un desengaño, tórnase desconfiada y descontentadiza. Mas he aquí otro misterio del corazón de la mujer: En quien públicamente se fijaba menos Eva, era en César. ¿Era esto acaso porque el rico joven antes que á ella había pretendido á su hermana? ¿Era porque anhelaba atraerle más con la indiferencia? ¿Era, en fin, como alguna vez llegó á decirlo inconscientemente, porque le gustaba para novio, pero no para marido? Averíguelo el que pueda, pues al escritor únicamente incumbe consignar los hechos. El caso es que César tuvo que levantar el sitio, alejarse decepcionado con armas y bagajes, y reconciliarse con una antigua novia, guapa y de alta jerarquía social, para no hacer entre sus colegas el desairado papel de pollo sin novia. Y es el caso también que Eva lamentó la re-

tirada del apuesto galán con muchos y muy hondos suspiros.

Entretanto, Angelito, si no fuese tan bueno y tan paciente, hubiérase dado á todos los diablos. Diariamente veía á un nuevo galán que rondaba la casa del señor del Río, en busca de la enjaulada palomita, cuyos juveniles atractivos traían enloquecidos á los pollos zacatecanos; pero firme en sus trece, no se daba por muerto, y los martes, jueves y sábados á la misma hora, el buzón próximo á su tienda recibía la perfumada carta, por cuyas líneas habían de pasar los llameantes ojos de la niña de sus pensamientos.

Eva estaba agradecida, muy agradecida con Angelito. Vió con la luz de la evidencia que era el que más la quería de todos sus pretendientes—y hay que hacer justicia á Eva—por gratitud, únicamente por gratitud, correspondió al cariño del joven comerciante. Le amaré después, se decía, estoy segura de que le amaré; sobre todo es bueno, y no me dará de esposo los pesares que de novio me dió Ricardo.

No hay para qué referir la alegría del joven comerciante, al leer atónito la carta mensajera de su dicha: baste decir que en ese día recibió en la tienda más moneda falsa que nunca; que las facturas en su mayor parte salieron equivocadas, y

que perdiéronse algunos medios hidalgos, que probablemente el dichoso joven dió en el cambio por centavos. Por la primera vez en su vida oyéronle los dependientes tararear conocidas canciones y chancearse con algunos parroquianos, con mengua de la bien acreditada, añeja circunspección del conocido comerciante. Fué tal el júbilo que inundó su alma al tener la primera novia y al verse querido, que por conservar aquella dicha, hubiera regalado la tienda y diez más si las hubiese tenido. Cualquiera creería que Angelito no tenía vanidad. ¡Era tan bueno! No obstante, héle allí salir erguido y emperejilado á dar una vuelta por la casa del señor del Río.

---

 XXV

Ricardo emprendió su marcha por el Central hasta la ciudad de Torreón, del Estado de Coahuila, en donde tomó el Internacional hasta la ciudad de Durango. Detúvose allí algunos días para aprovechar la salida de algunos arrieros con quienes acompañarse para no hacer solo un viaje molesto, pues de Durango á Mazatlán no hay más que camino de herradura, peligroso porque las veredas que